

A las cinco de la mañana de hoy 27 Mendez ataca la Garita y Miramón el Cimatario, yendo como siempre á la vanguardia el Mayor Pittner. El primer resultado fué brillantísimo: fueron capturados veintiun cañones y quinientos prisioneros. El enemigo huyó como si fuera compuesto de codornices. El Emperador se entusiasma, desenvaina la espada y va á ponerse al frente de la caballería. Miramón para brillar delante del soberano ordena un nuevo asalto. Esta vez el enemigo no huye y nos obliga á retroceder. Todos los caballos han estado ensillados, las mulas cargadas y la gente lista para seguir al Emperador; pero se ha visto ya que la salida es imposible: el socorro de Márquez no llegará nunca.

Diario de Ernesto. Del 28 al 30.

Nada notable: mucho cañoneo, principalmente de la plaza que gasta las municiones que nos fueron quitadas el 27, en cuyo día, ¡causa bochorno decirlo! hubo oficiales y aun gefes que corrieron hasta Lagos esparciendo la noticia de que todo se había perdido. Parece que se trata de encubrir esa pifia de los miedosos y que no se castigará su cobardía.... por no sé qué consideraciones.

Diario del Dr. Basch. Del 28 al 30.

Ninguna hostilidad, sino es la artillería que juega de todos lados.

Diario de Ernesto. 1º de Mayo.

Tres columnas de 2000 hombres atacan con el vigor de costumbre nuestra línea de Oriente mandada por el general Vicente Martínez. Dicen que la vanguardia avanzó con las culatas de los fusiles levantadas gritando ¡viva la libertad! pero en mi sentir fué

otra sorpresa más como las de siempre, porque todavía no sabemos nosotros observar las reglas de la guerra al frente de una plaza sitiada. Ahora también nos había quitado el enemigo una pieza de artillería: por fortuna fué atacado á tiempo y no pudo llevársela. Murió el jefe del primer punto asaltado, Luis Carrillo.

Diario del Dr. Basch.—1º de Mayo.

A la madrugada asalto y sorpresa dados á la garita y hacienda de Callejas. La vanguardia como siempre con Pittner y el éxito por nosotros. En lo más empeñado de la refriega muere el coronel Joaquín Rodríguez y su batallón tiene que huir. Nuestras pérdidas son 18 heridos, 2 muertos y 13 dispersos.

Diario de Ernesto.—Del 2 al 12 de Mayo.

El 3 renovaron los sitiados sus tremendas salidas y como siempre en la madrugada, nos sorprendieron y lograron apoderarse de nuestros puntos y nuestra artillería: acudieron pronto las reservas y el enemigo fué rechazado, pero despues de dejarnos 100 hombres fuera de combate, entre ellos 13 jefes y oficiales. El general Treviño salió herido de una pierna.

El 5 de Mayo lo celebramos con muchísimos cañonazos lanzados contra la ciudad de Querétaro. Probablemente se gastaron doscientos mil pesos de municiones y murieron dos ó tres vecinos pacíficos de Querétaro.

Los imperialistas dieron por la noche su último furioso ataque sobre San Sebastián: parece que trataban de evadirse, pero dieron con el general Ignacio Alatorre que es de los que no se duermen. El enemigo cuenta por cientos los desertores y dicen que la situa-

ción de la plaza no puede ser peor. Faltan víveres, faltan municiones y se causan atropellos incomprensibles á los vecinos para obligarlos á dar dinero, semillas y cuanto tienen y también su sangre, pues se les pone en las trincheras á pelear. La tiranía que reina adentro es espantosa, según me ha dicho un sargento municipal que ha venido á mi cuerpo.

En los días siguientes apenas han contestado el fuego de cañon que se les dirige desde por la mañana hasta el oscurecer. En algunas noches, cuando apenas comenzamos á dormir en nuestras tiendas los que las tenemos y á campo raso la mayor parte, nos despertamos sobresaltados al oír las detonaciones de quince ó veinte piezas en pocos minutos. . . . ¡El asalto! nos gritamos los unos á los otros; un nuevo ataque! y nos ponemos en pié, y tomamos nuestras armas para acudir á donde nos corresponda. . . . No, no es nada: los artilleros se divierten. Y estas diversiones son las que más desvelan, cansan, desmoralizan y aniquilan á los oficiales y soldados. Creo que los jefes no deberían permitir que se hiciera fuego sino cuando hubiera un objeto, un fin determinados. Dicen que no es posible evitar el desorden. Entonces quiere decir que falta la disciplina.

Por lo demás, mientras la ciudad de Querétaro presenta, principalmente de noche, un aspecto de los más melancólicos, nuestras líneas se ven animadas con sus luces, con el bullicio de las gentes, con las cantinas, con la ruidosa alegría del vivac y con nuestras bandas y nuestros tiradores que pocas veces se encuentran en quietud. Nadie puede decir cuando terminará esta situación; pero todos tenemos presen-

timientos de que andamos cerca del desenlace. ¡Quizás antes de tres días el hambre haga á los imperialistas echarse sobre nosotros desesperados para que se salve el que pueda!

Diario del Dr. Basch.—Del 2 al 12 de Mayo.

Se está manteniendo la moral de la guarnición con embustes. El 7 de Mayo es el día fijado para que lleguen Márquez y Vidaurri equipados mejor que nunca á la cabeza de muchas divisiones de infantería, artillería y caballería. El Emperador al fin me ha dicho que considera la conducta de esos generales como una traición.

Las deserciones de soldados empiezan á ser mas frecuentes: van con el enemigo en busca de la comida que la tienen allí en abundancia mientras nosotros carecemos de todo. ¡El corazón y el brazo de los soldados mexicanos pertenecen á quien mejor los nutre!

El Emperador se queja con Miguel López organizador del Regimiento de la Emperatriz de la deserción de los soldados de ese cuerpo tan preferido. López contesta:—Me pesa mandar pícaros y canallas.

Pronunciaba de antemano el juicio que bien pronto había de caer sobre él por el universo entero. Este López de cabellos blondos y ojos azules, pero feo y repugnante, había ya tricionado á los suyos, primero con los americanos, y luego con los franceses. . . .

El Emperador afecto á los perros tiene uno que á López le gruñe y le ladra, lanzándose á veces sobre él á morderle los talones. ¡El instinto animal!

Se trata ahora de salir de Querétaro á todo trance y los generales están encargados de presentar un

plan salvador. Márquez no llegó el día señalado ni llegará nunca.

Diario de Ernesto.—13 de Mayo.

Los desertores de la plaza dicen que se piensa allí en hacer una salida desesperada. Los generales imperialistas están decididos á salvar á Maximiliano sacándolo á viva fuerza del encierro en que lo guardamos. Ahora ya tenemos suficientes petrechos y se despliega mayor vigilancia. El primero y el segundo jefes del Ejército se multiplican, pero no pueden atender á todo y estar en todas partes al mismo tiempo.

Diario del Dr. Basch.—Día 13.

Hoy en el consejo se resolvió hacer definitivamente la salida mañana despues de la media noche. Mendez y Mejia han pedido que se disponga el golpe para el 15: el primero quiere arengar á su tropa y el segundo alistar mejor unos mil reclutas con los que cree que se puede completar una masa de ocho á nueve mil hombres para forzar las líneas enemigas.

—Estoy contento, me dice el Emperador, creo que saldremos con bien.

Diario de Ernesto.—Día 14.

El día se pasó tranquilo. Fuí nombrado jefe de día y hacía mi ronda en la noche por el campamento cuando me encontré con el general en jefe.

—¿Que hay de nuevo, coronel? me preguntó.

—Nada, mi general. Noto solamente que ahora están los nuestros mas vigilantes que nunca. Las grandes guárdias están listas en todos los puntos.

—Bien, bien: sigamos.

Y seguimos tomando la dirección del Norte; pero apenas habíamos andado unos cuantos pasos cuando

un ayudante del general Cervantes nos detuvo. Un jefe de la plaza había salido y quería hablar con el general Escobedo.

Nos dirigimos á la paralela que estaba á cargo del general Cervantes. En su alojamiento estaba un hombre alto, rubio, que nos pareció extranjero: este era el enviado de Maximiliano. Escobedo dejó las riendas de su caballo en poder de un ordenanza y se dirigió solo al lugar donde estaba el desconocido. Todos los demás nos retiramos.

Creo que la conferencia que tuvieron los dos personajes duraría por lo ménos una hora. El que me pareció un extranjero perteneciente á las filas enemigas, se dobló en dos haciendo una reverencia á Escobedo, salió de la tienda y se perdió á poco entre las sombras con dirección á la Cruz que tenemos aquí muy cerca. El general Escobedo dió órdenes á todos sus ayudantes de las que pude oír algunas. Que vinieran Vélez y Rivera á recibir instrucciones. Que se acercara con todo sigilo el cuerpo de Supremos Poderes, que todo el ejército estuviera listo como para dar el asalto. No bastaron los ayudantes y á mi tambien me dijo luego que me quedé solo:

—Coronel, estamos en presencia de grandes acontecimientos. En esta madrugada, si Dios nos protege, ocuparemos la plaza y haremos prisioneros á todos. Especialmente encomiendo á usted que vea de mi parte á Corona y le diga que me busque: tambien quiero dar órdenes de viva voz á Treviño, á Naranjo y á Rocha. Vaya usted á llamarlos y dígales en donde me podrán encontrar.

Todo esto me puso muy pensativo.

—No se trata de una capitulación, me dije yo interiormente, supuesto que se mandan alistar las tropas para el combate, no se trata tampoco de evitar una salida del enemigo, sino de entrar á la plaza con los Supremos Poderes á la vanguardia.... ¿Estaremos en presencia de una traición?....

Diario del Dr. Basch.—14 y madrugada del 15.

—Estoy contento, me dijo Maximiliano al medio día, lé vamos á ver el fin á esta situación.

Los equipajes fueron repartidos entre los hombres de la escolta, sus papeles confiados á sus más fieles domésticos: la caja, esto es, el dinero, se repartió entre Pradillo, Blasio, Salm, el coronel Carpio y yo: López tuvo también su parte pero en plata.

Después de las diez hubo consejo de guerra: á petición de Mendez se difirió aun la salida para el día 15 á la media noche. López fué llamado al cuarto del Emperador, quien le encargó que lo matara en caso de caer prisionero.

El Emperador se acostó hasta la una, presa de cólicos violentos. Yo me recosté vestido después de haberlo estado curando.

Poco tiempo después, á las cinco de la mañana fuí despertado bruscamente. Dos hombres se habían precipitado en mi habitación: reconocí en uno de ellos al teniente coronel Jablouski, los que me hablaron de una traición....

—¿En dónde está el príncipe de Salm? me preguntaron. Que se le despierte en el acto.

Y dichas estas palabras desaparecieron. Salté de mi cama persuadido de que algo extraor-

dinario habría traído á estos hombres al Cuartel General. Sin tratar de averiguarlo desperté á mi criado que dormía en un sillón y le ordené que ensillara los caballos. Me fuí á la habitación de Salm, estaba ya vestido.

—¿Que pasa? le pregunté.

—Despáchese pronto, me respondió, hemos sido sorprendidos. Diga luego á Furstenwarther, que mande ensillar los caballos de los húsares. Furstenwarther es el capitán del Estado Mayor austriaco.

Cumplí con este encargo, y apenas acababa de transmitir la orden cuando el criado mexicano del Emperador, Severo, vino á decirme que su amo quería hablarme. Entré. Maximiliano estaba vestido.

—Esto no debe ser nada, me dijo con la mayor tranquilidad, fuerzas enemigas han penetrado en los jardines del convento. Tome sus pistolas, Doctor y sígame.

Grill, el mayordomo, me dijo que ya había estado allí Salm á avisar la entrada del enemigo, lo que no había sorprendido al Emperador.

Al ir á tomar mi revólver mi criado me dijo que allí estaba un oficial que le había impedido ensillar, tomando las mantillas.

—¿Cuál es?

—Aquel.

Me dirigí al oficial y creyéndolo de los nuestros le reclamé amistosamente.

—Sus mantillas deben estar allá arriba con aquella tropa, me contestó.

—No comprendo, dije, y tomé la pistola que me trajo mi criado.